

## PRESENTACIÓN

Este libro es fruto de un amplio y ya extenso recorrido personal. Es fruto de muchas lecturas, de mucha búsqueda y mucho pensar. Es también fruto de un encuentro entre mis dos grandes pasiones: la psicología del inconsciente y el mundo del simbolismo y la mitología, pasiones que se han encontrado en la fértil tierra y el suelo nutricio del pensar zambraniano.

Hace ya bastantes años, casi por casualidad, llegó a mis manos a través de una querida amiga una separata de *Adsum*, uno de los capítulos de *Delirio y Destino*. Yo ya había hecho pequeñas incursiones en la obra de María Zambrano, por la que me había sentido atraída, y había encontrado en su lectura un resonar que me atañía muy hondamente, aunque, sinceramente, no creo que la entendiera demasiado. Sin embargo, aquella separata de *Adsum* caló profundamente en mí y decidí proponer a los miembros de un seminario, con quienes nos veníamos reuniendo todos los miércoles, que trabajásemos sobre este texto.

Fue este el comienzo de una extensa y fructífera tarea, que dura ya muchos años, sobre el pensamiento de María Zambrano. Nos sorprendió muy gratamente encontrar en el campo de la filosofía una fuente de conocimiento y aprendizaje tan importante para nuestro trabajo como psicoanalistas. Pienso que María Zambrano llegó a nuestras vidas en el momento oportuno, aquello que los griegos denominaban *kairós*. Ya habíamos pasado esa edad de los estudios sesudamente teó-

ricos y necesitábamos un conocimiento más emocional y experiencial. Esto es, precisamente, lo que nos brindaba la filósofa malagueña. En ella encontramos claves para cuestiones tan esenciales en nuestra tarea terapéutica como *discernir el sentir* o itinerarios para aproximarnos a la *realidad de la entraña*, y todo ello a través de una escritura que nos llegaba, a la vez, a la mente y al corazón.

Eran muchos los textos de Zambrano en que yo sentía que ella plasmaba con una gran precisión nuestra forma de entender la práctica terapéutica. Recuerdo, por ejemplo, la impresión que me produjo este párrafo de la introducción del *El hombre y lo divino*: «como el hombre que ha perdido la felicidad hace también, si encuentra el valor: volver la vista atrás, revivir su pasado a ver si sorprende el instante en que se rompió su dicha. El que no sabe lo que le pasa, hace memoria para salvar la interrupción de su cuento, pues no es enteramente desdichado el que puede contarse a sí mismo su propia historia» (Zambrano, 1973: 24). Así es. Nosotros hemos de ayudar a que la persona que sufre, que ha perdido la felicidad, pueda contarse a sí misma su propia historia, comprender en qué momento y por qué queda la vida detenida en su natural discurrir.

Mi encuentro, nuestro encuentro, con María Zambrano fue un permanente surgir. Como en el claro del bosque, yo no iba a buscar nada, nada predeterminado, los temas iban surgiendo, los libros iban apareciendo. A veces los encontraba yo, a veces algún compañero, pero siempre salían en función de nuestra búsqueda como personas y como terapeutas. Es cierto que en una de estas *apariciones*, una compañera del seminario me regaló el libro de Jesús Moreno *Encuentro sin fin*. Este libro, leído y releído, subrayado y resubrayado, sí fue una brújula, un hilo de Ariadna que me guió por la, entonces para mí laberíntica, obra zambraniana. Él me condujo a otras lecturas y otras fueron llegando *casualmente*.

Un día, en una de nuestras conversaciones telefónicas, Jesús Moreno me dijo que toda la obra de María era una espiral. Creo que esta es la palabra que define mi recorrido a través de los textos de nuestra filósofa.

Yo no provengo del mundo de la filosofía, sino de la filología clásica y de la psicología, y no he tenido en ningún momento la pretensión de estudiar en profundidad la obra de Zambrano. Simplemente, yo

quería beber de su fuente en todo aquello que me atañía como psicoanalista y como persona —aspectos ambos que, inevitablemente van, o deben ir, unidos—, y, ciertamente, aquella fuente manaba cada vez con mayor abundancia.

Pienso que esta breve reflexión era necesaria para poder entender la estructura de este libro. Los conocedores de la obra de Zambrano podrán criticar, con razón, la ausencia de una estructura lógica en él, pues ni sigue una línea cronológica, ni tampoco la tiene en relación con el pensamiento de Zambrano. Si el libro tiene algún tipo de lógica, sería esta una *lógica del sentir*.

Tampoco puedo afirmar que tenga un conocimiento en profundidad de la obra de Zambrano, pero sí puedo asegurar que he pasado muchas, muchas horas leyendo, releendo, subrayando, sintiendo y escuchando una música que salía de sus libros y resonaba en mi interior. Desde mi experiencia personal, tiene razón Jesús Moreno cuando dice, acerca de las palabras de Zambrano, que son «palabras cuyo verdadero sonar no podrá oír sino aquel que haya seguido las arduas rutas de las desposesiones y el vaciamiento. Pues la filosofía de M.Z. se vuelve completamente hermética para quien no sea capaz de escucharla desde su propia experiencia, quien no sepa hacerla re-sonar en sí» (Moreno, 1996: 333).

Habrán pues de perdonar los filósofos las lagunas que encuentren en el libro y, si no encuentran más, ello solo se debe a los sabios consejos de Jesús Moreno y a la revisión por su parte de algunas citas corroboradas a partir de las *Obras completas*, cuya edición está dirigiendo. Efectivamente, varios de los libros que utilizo son ediciones antiguas, pero eran mis libros, viejos y amarillentos, llenos de subrayados y anotaciones de las que no podía prescindir. Eran mis fieles amigos que me habían acompañado en este viaje y de los que no me quería separar.

Para mí y para los compañeros que han trabajado conmigo, María Zambrano ha sido una permanente fuente de sugerencias y este libro pretende compartir mi reflexión sobre estas sugerencias desde una óptica diferente, la de aquellos que, por profesión o por interés personal, estamos comprometidos en aproximarnos a la *realidad de la entraña*.

Es, pues, solamente desde esta óptica, desde la que adquiere un sentido la estructura de este libro que, a continuación, pasamos a comentar.

El capítulo I es una breve pero necesaria reflexión teórica. Parte del artículo de María Zambrano *El freudismo, testimonio del hombre actual*, que se publica en 1940. En él se realiza una crítica a Freud y, sobre todo, a sus seguidores. Los cuatro puntos en los que Zambrano centra su análisis crítico son: el subconsciente; la libido; Eros y Thánatos y el problema de la religión.

Compartiendo con Zambrano alguna de sus críticas a Freud, sin embargo, me ha parecido necesario precisar lo que el maestro vienés fue escribiendo sobre estos temas. Freud, al que no se puede negar su honestidad en la búsqueda de la verdad —algo que la propia Zambrano reconoce—, fue revisando, modificando e incluso desdiciéndose de sus teorías a lo largo de los muchos años que abarca su prolífica obra.

También me ha parecido necesario, siguiendo el esquema de estos cuatro puntos que Zambrano plantea, hacer una comparativa con el discípulo disidente: C. G. Jung. No me considero una analista junguiana, pero sí comparto con Jung la amplitud con la que aborda su concepto de libido y, sobre todo, la importancia que tienen sus aportaciones sobre el inconsciente colectivo y los arquetipos, sobre todo para aquellos que nos hemos dedicado al estudio de la mitología, el simbolismo y los sueños.

La aclaración inicial de estos aspectos teóricos creo que podrá ayudar también a una mejor comprensión de algunas cuestiones que en el libro se plantean.

El capítulo II surge como resultado de un detenido estudio sobre el libro de Jesús Moreno *Encuentro sin fin*. Utilicé el libro como una especie de brújula que me iba guiando para centrarme en aquellos temas que me parecían especialmente importantes en esa búsqueda de sugerencias y aportaciones que iba encontrando para nuestro trabajo en la obra de Zambrano. Me centré en cinco puntos que me parecieron especialmente significativos: la crítica a la violencia del pensar; la mediación simbólica; clamor frente a pregunta; la razón poética como unión de los opuestos y el nacimiento del ser.

En la crítica que hace Zambrano a *la violencia del pensar*, que deja fuera la realidad oscura y múltiple, encontraba muchas analogías con la psicología moderna y con algún tipo de psicoanálisis que parece querer convertir la oscuridad de la noche en diáfana claridad, que diagnostica y clasifica la realidad psíquica con una seguridad y rotun-

dad que parece olvidar que, en realidad, cada paciente es un enigma a descifrar.

También fue un descubrimiento muy grato la importancia que ella da a la riqueza que encierra el saber de los símbolos y los mitos, hasta el punto de que —como señala Jesús Moreno— toda su obra es una verdadera simbología. El abandono de las mediaciones simbólicas ha dejado al hombre moderno desnudo frente a *la realidad del alma* y por eso tiende a refugiarse en la omnipotencia de la razón.

Me pareció especialmente sugerente la importancia que otorga María Zambrano al clamor que surge de la herida, frente a la pregunta. Para mí, la enfermedad psíquica es el grito que surge de la herida de un ser abandonado que clama por ser rescatado. En todo conflicto psíquico es el humano vivir lo que ha quedado dañado y esto es difícil de encerrar en determinadas categorías diagnósticas por muy precisas que estas pretendan ser.

La razón poética —piedra angular de su pensamiento— es un intento de penetrar en las zonas insondables de lo irracional, lo que —como lúcidamente señala Jesús Moreno— no es una cuestión de curiosidad intelectual sino «algo en que al ser llamado hombre le va su vida y su ser, y su realidad». En el capítulo se estudia la relación que encuentro —salvadas todas las distancias necesarias— entre la razón poética y la conjunción de los opuestos como integración de conciencia e inconsciente.

Dice Jesús Moreno que toda la obra de Zambrano está recorrida por la necesidad de nacer, de ir naciendo. Esta es la meta de lo que Jung llamó el proceso de individuación o el proceso de llegar a ser aquello que uno como posibilidad es, es decir, desarrollarse como persona. Nuestra tarea reside, precisamente, en encontrar el ser, el sí-mismo, rescatarlo y permitirle que salga a la luz.

El capítulo III gira en torno a la que ha sido considerada por muchos estudiosos una de las obras cumbre de María Zambrano: *Claros del bosque*. En él se aborda el claro del bosque como un ejemplo del arquetipo del centro, espacio donde reside el ser oculto.

El arquetipo del centro es un símbolo frecuente en culturas muy diversas, objetivo de la búsqueda del héroe, lugar donde se encuentra el tesoro difícil de alcanzar, que no es otro que el ser oculto a la espera de ser rescatado.

Desde el punto de vista psicológico, María Zambrano adquiere en esta obra un nivel de extraordinaria profundidad al describir la actitud con la que es preciso aproximarse al claro del bosque. Su análisis de la angustia y el vacío son impresionantes. También lo son sus reflexiones sobre el corazón, motor de la vida, órgano del sentir, que posee habitaciones capaces de acoger nuestros sentimientos, pero que necesita ser escuchado pues «su latir es al propio tiempo un llamar».

Termina el capítulo con una reflexión sobre la mística, tema profunda y profusamente estudiado por Zambrano, como la experiencia de encuentro más profundo y total con ese centro donde para San Juan de la Cruz habitan tanto el ser como el Ser.

El tema del capítulo IV es el exilio. Para María Zambrano el exilio es una experiencia clave en su vida y en su obra. Un rito iniciático de la condición humana, que pasa, inevitablemente, por la experiencia de desposesión y desnudez, rasgos que caracterizan para ella el exilio. Su forzado abandono de la patria transformó su vida y su obra. Quizá por eso sus escritos sobre este tema son de una profundidad psicológica inestimable.

En la vida de cualquier ser humano llega un momento en que también, inevitablemente, se produce una experiencia de exilio interior, un momento en que nos sentimos privados de todo aquello en que habíamos encontrado seguridad y protección. Al mismo tiempo, la ausencia de lo que hasta ese momento nos sustentaba se convierte en una oportunidad de descubrir que es en nuestro propio interior donde podemos encontrar un soporte que hasta entonces nos era desconocido. Aparece también una luz, que surge del fondo de nuestra oscuridad, que nos ilumina en esa nueva senda que se abre ante nosotros, desconocida e incierta, pero que puede conducirnos a una nueva forma de vida.

Muy importantes son también sus reflexiones sobre la memoria que rescata. Insiste ella en la necesidad de asimilar el pasado para que no se convierta en un fantasma amenazante y, para que eso no se produzca, es preciso su asimilación por la conciencia. Esta es la única garantía de que la tragedia del pasado no se repita ni en la vida del individuo ni en la de los pueblos.

El capítulo V lleva por título: *Dulcinea, el arquetipo del ánimo en Cervantes*. Colocar este capítulo a continuación del exilio fue una su-

gerencia, que agradezco, de Jesús Moreno y un consejo de lo más oportuno. Como explicaré en la introducción a este capítulo, María Zambrano dirige «una mirada amorosa derramada sobre el fracaso», llena de piedad, sobre el autor de *El Quijote*. En realidad, es la mirada que la propia María es capaz de dirigir sobre su experiencia de derrota y exilio. Por eso parecía oportuno situar este capítulo entre *El exilio* y *La piedad*.

El análisis que ella hace de lo que le sucedió a Cervantes con Dulcinea resulta uno de los ejemplos más hermosos del encuentro con el arquetipo del *anima*, y de la importancia que tiene este encuentro en la vida de una persona, como ocurrió con Cervantes, cuando este arquetipo es asimilado por la conciencia. Más parece que fuera necesario, para que esto se produzca, pasar por la experiencia de la derrota y el fracaso y que esta experiencia sea asumida con amor y piedad.

El capítulo VI versa sobre otro de los temas fundamentales en la obra de Zambrano: la piedad. «Piedad es saber tratar con «lo otro» y entre «lo otro» está lo que paraliza a los hombres en el espanto». Este párrafo de *El hombre y lo divino*, por sí solo, sería suficiente para que los que nos dedicamos a la exploración del inconsciente, es decir, a tratar de comprender *lo otro* que existe en cada persona, dirigiéramos nuestra atención a la obra de Zambrano. *Lo otro* desconocido que reside en cada uno de nosotros y la relación con los otros son dos cuestiones de capital importancia para la vida de cualquier persona. Convivir adecuadamente con nosotros mismos y con los otros no es posible si no nos hacemos cargo de eso *otro* que llevamos dentro.

El ser humano ha sentido desde siempre la necesidad de encontrar un modo de relación con *lo otro*, esa fuerza misteriosa, desconocida e inquietante, a través de una serie de acciones específicas, sagradas. Ahí reside para Zambrano el origen de la piedad. La forma sagrada por excelencia de dirigirse a esa fuerza misteriosa es el sacrificio, presente en todas las religiones. Sobre el sacrificio, la importancia del rito como conjunto de acciones y gestos encaminados a tratar con *lo otro* y su presencia y pervivencia en el hombre moderno, habremos de tratar con un cierto detenimiento. También del lenguaje y del saber específico de la piedad: el saber por inspiración.

La relación adecuada con los otros, con los que son diferentes de nosotros, pasa ineludiblemente por la aceptación de *lo otro* de noso-

tros mismos. De no ser así, las relaciones se acaban volviendo *des-piadas*.

A partir del capítulo VII y hasta el final, el libro se centra en el estudio de la tragedia y de dos personajes a los que María Zambrano ha dedicado especial atención, Edipo y Antígona.

En el capítulo VII se aborda el conflicto trágico como expresión de los opuestos que pugnan en el interior del ser humano, la perenne lucha entre «lo uno», que habita la conciencia, y «lo otro», que reside en el inconsciente. El héroe trágico no es —como se suele pensar— víctima de un destino fatídico que pende sobre él, sino la representación de la persona que se atreve a vivir la tensión entre los opuestos que a todo humano desgarran. Este atrevimiento tiene un precio que el héroe ha de asumir, pero que también le posibilitará realizar ese proceso de conciencia que lleva a una profunda transformación.

Estudiaremos también en este capítulo a Sófocles, poeta del dolor humano, autor de la trilogía referida a la dinastía tebana: *Edipo rey*, *Edipo en Colono* y *Antígona*.

El capítulo VIII es una interpretación de la historia de Edipo partiendo del mito del rey mendigo, tema sobre el que escribe Zambrano en *El hombre y lo divino*. La historia de Edipo entendida como proceso de individuación, como desarrollo personal.

En general, los autores psicoanalíticos han tratado la figura de Edipo, a partir de Freud, centrándose en lo que este denominó *complejo de Edipo*, y quizá por eso han dado tan poca importancia a la postrera obra de Sófocles, *Edipo en Colono*. Aquí se abordará la vida de Edipo, ya desde antes de su nacimiento, cuando un oráculo anuncia a Layo que el hijo nacido de él le dará muerte y se desposará con su mujer, hasta el momento de su muerte-tránsito en un bosquecillo de Colono.

La historia de Edipo ejemplifica, como pocas, la polaridad trágica que existe en todos los humanos entre el mendigo y el rey, entre nuestra condición de seres carentes y nuestro impulso a negar esa condición y convertirla en lo contrario.

El capítulo IX gira en torno a la figura de Antígona. El personaje de Sófocles ha seguido ejerciendo una indudable atracción —como en general todo lo clásico— a lo largo de los tiempos, y ha servido de inspiración a los autores más diversos. La doncella griega se ha convertido en un eje en torno al cual giran reflexiones sobre aspectos vi-

tales para el ser humano: su heroísmo; sus convicciones éticas; la defensa de lo que para ella es sagrado, aunque para ello haya de pagar con el precio de su vida; la fidelidad a los deberes familiares; la rebeldía frente al tirano o su sacrificio como mujer. Interpreto la figura de Antígona, tal como la dibuja Sófocles, como una representación del arquetipo del *animus*.

Dada la atracción y la fascinación que ha ejercido siempre la figura de Antígona, es natural que sean varios los autores que han vuelto su mirada sobre ella, y que esas miradas resulten tan diferentes como sus posiciones, inquietudes o el momento histórico en que viven. Estas diferencias, a veces tan alejadas del modelo original, resultan, sin embargo, muy interesantes precisamente por el contraste que representan.

Dos ejemplos de esas miradas diversas los encontramos en Jean Anouilh y Bertolt Brecht. Veremos cómo Anouilh dibuja una muchacha a la que parece que ha querido despojar de todo heroísmo y presentar como una joven frágil, desvalida y un tanto neurótica. Por su parte, Brecht encuentra en la heroína griega un ejemplo que sirve a su ideario ideológico y político: el modelo de la rebelde que se atreve a enfrentarse al tirano.

Cierra el libro el capítulo dedicado a la versión que María Zambrano nos ofrece en *La tumba de Antígona* y donde abordo su personaje como un arquetipo de la aurora de la conciencia y de la piedad.

El personaje de Antígona me ha acompañado a lo largo de toda mi vida desde los 16 años, cuando el entonces mi profesor de griego, Luis Gil, me regaló una separata de su libro recién publicado, *Transmisión Mítica*, separata que trataba sobre el capítulo dedicado a la figura de Antígona.

Desde entonces han sido muchas las lecturas y relecturas, escritos y conferencias que he dado sobre el personaje de Sófocles.

No conocí la versión de María Zambrano hasta los años ochenta, y su lectura me impactó profundamente, pues me abría una dimensión que iba más allá y más acá del personaje sofocleo. Después, según iba conociendo mejor su obra y su biografía, comprendí lo que el personaje de Antígona había representado para ella. «Nacida para el amor, he sido devorada por la Piedad». Estas palabras, las primeras que —según nos dice ella misma— escuchó de Antígona, sintetizan completamente la identificación con esta figura.

Que los primeros escritos de Zambrano sobre la doncella griega tomen la forma de *delirios* es algo muy significativo, pues el delirio es la voz más verdadera de lo más verdadero que habita en nuestro interior.

Frente a la lucha fratricida y las terribles consecuencias que han tenido que vivir las dos hermanas, la obra de Zambrano es un canto a la fraternidad o, digamos mejor, a la sororidad, ese fuerte vínculo basado en el amor y la piedad que surge en aquel encuentro de las dos hermanas, aquel 6 de septiembre de 1946 en el aeropuerto de París, y que permanecerá intacto hasta la muerte de Araceli.

María Zambrano nos presenta una Antígona muy diferente a la de Sófocles, más humana, más consciente, más piadosa. El tiempo que la autora concede a su protagonista dentro de su tumba será un tiempo de elaboración consciente acerca de todos los que se acercan hasta ella y de sí misma. Un tiempo en el que encontrará esa luz que surge del fondo mismo de la oscuridad, «una luz sin ocaso en el centro de la eterna noche» y que la conducirá a convertirse en una figura integrada e integradora, un arquetipo del sí-mismo, un símbolo de la aurora de la conciencia y de la piedad.